

RESEÑAS DE LIBROS

BOOK REVIEWS

Desencantando el desplazamiento global

LIVI BACCI, Massimo

Breve historia de las migraciones

Madrid: Alianza, 2012; 189 pp.

Traducción de Marco Aurelio Galmarini

A primera vista parece imposible relacionar la brevedad con una historia de las migraciones. Sin embargo, Massimo Livi Bacci (Florencia, 1936) no sólo cumple la promesa que nos hace en el título de su obra, sino que en esas pocas páginas nos entrega un análisis racional y comparado del hecho migratorio a lo largo de la historia, deshaciendo tópicos y estereotipos. Parafraseando a Max Weber, podemos decir que su obra lleva a cabo un "desencantamiento del desplazamiento global". Su estudio rompe la imposición del presente como tiempo de lo inédito y nos permite descubrir continuidades y conexiones en la historia de las migraciones que anulan la idea de la radical unicidad de las migraciones en la era global y permite acotar y comprender las novedades de la experiencia migrante en nuestros días.

Livi, experto de gran prestigio en el campo de la demografía histórica, recoge en esta obra reflexiones, apuntes y escritos sobre migraciones que ha ido elaborando a lo largo de su dilatada carrera para integrarlos de modo unitario y coherente en esta concisa monografía. Un estudio que tiene como fundamento interpretativo y aglutinador la tesis según la cual las migraciones son una prerrogativa humana, así como un fenómeno, constante, usual

y constitutivo de las sociedades. Una tesis en abierto contraste, pues, con una idea común en nuestro tiempo, a saber: que "las grandes migraciones no son un motor primario de la sociedad, sino más bien un elemento anárquico del cambio social, la tesela deforme de un mosaico que no encuentra su ubicación apropiada, un rumor de fondo que perturba el zumbido regular de la vida social" (p. 16). Livi asigna a las migraciones la función esencial de ser un agente creador de pluralidad y diversidad al implicar una adaptación a nuevos lugares y a nuevas condiciones.

De esta forma y en palabras del autor: "Este libro aspira a precisar, probar y sostener una convicción relativa tanto al método de estudio del fenómeno (de la migración) como a su sustancia misma. Desplazarse en el territorio es una 'prerrogativa' del ser humano, forma parte de su 'capital', es una capacidad más para mejorar las propias condiciones de vida" (p. 10). La figura del migrante queda definida a partir de la noción de "capital", tomada de la sociología francesa, para revalorizar las destrezas, conocimientos y valores que poseen los seres humanos frente a la imagen estereotipada del migrante como un individuo débil, carente de cualidades y objeto de asistencia por parte de las sociedades receptoras de

migración. Esta prerrogativa se concibe como una "capacidad de adaptación" del sujeto, una capacidad que brota de la suma de características biológicas, psicológicas y culturales que hacen posible la experiencia de la migración. Las peculiaridades de cada momento histórico han favorecido perfiles distintos de migrantes, de modo que el contenido concreto de esa capacidad de adaptación ha variado a lo largo de la historia según variaron las circunstancias. Así, mientras que al comienzo de la historia la fundación de asentamientos agrícolas en los nuevos espacios requería personas con una fuerte inclinación familiar y tradicional y gran capacidad de trabajo para consolidar esos nuevos núcleos urbanos, durante los dos últimos siglos ese perfil ha cambiado para favorecer la movilidad de personas solas y con mayor flexibilidad cultural para migrar a entornos urbanos y desarrollar la nueva economía industrial.

La aparición de entidades estatales en el desarrollo de la organización de los grupos humanos trajo consigo la intervención gubernamental a través de las políticas migratorias en la dirección, planificación y sostenimiento de los flujos migratorios, que desde su origen han estado presentes en el desarrollo y expansión de la humanidad. La obra de Livi tiene la virtud de superar

la mera narración histórica del desarrollo y los cambios en los desplazamientos humanos para introducir por una parte, una catalogación de los tipos de desplazamiento distinguiendo tipos en las migraciones, y por otra parte, y acompañando a esa exposición, una reflexión crítica respecto de la gestión estatal y gubernamental de los desplazamientos con una clara vocación de comprensión del presente.

Una de las variables interpretativas que vertebra esta historia de las migraciones es el papel atribuido a las políticas migratorias, a sus cambios y sus consecuencias, es decir, cómo estas políticas "arrebatan (a las personas implicadas en las migraciones) ciertas parcelas de libre elección" (p. 11). Con la creación de los Estados nacionales y la modernidad política se acrecienta la capacidad de los poderes públicos para intervenir sobre las elecciones individuales en materia de movilidad al tiempo que sobre todo a partir del siglo XIX aumenta el ritmo y crece el impacto de las migraciones sobre las sociedades, perdiendo la lentitud y gradualidad que caracterizaba originariamente a las migraciones. El desequilibrio demográfico del mundo en la actualidad ha transformado esas políticas migratorias estatales, que favorecieron y animaron el desplazamiento, en más restrictivas y más selectivas al tiempo que los Estados intentan salvaguardar sus soberanías nacionales de una regulación internacional de las migraciones que pueda suponer una merma.

Por otra parte, y derivado de esa voluntad de comprender el presente y, en concreto, de las continuidades y novedades que respecto de las migraciones de otros períodos presentan las actuales, Livi Bacci lleva a cabo una contextualización histórica. Con su reflexión, disuelve algunos prejuicios sobre las migraciones: (1) acaba con una visión de la migración como excepción o anomalía; y (2) pone en tela de juicio la

determinación esencial del migrante bajo un perfil único.

Dentro de las distintas fases por las que han transcurrido los desplazamientos migratorios, Livi distingue entre la "lenta ola de avance", al comienzo de la expansión de la especie humana sobre la tierra y los rápidos desplazamientos de población de los últimos siglos. Establece diferencias de ritmo, intensidad y continuidad en la migración, y articula de este modo los cambios y semejanzas del fenómeno migratorio a lo largo de la historia. Este trabajo propicia una visión poliédrica y cambiante de la realidad. Así por ejemplo, Europa aparece a lo largo de este estudio, primero como un territorio receptor de población a través del primer poblamiento y las sucesivas conquistas de la antigüedad y el Medioevo para, en un segundo momento, pasar a ser a partir del año 1500 una región emisora de población hacia otros lugares del mundo y, en un tercer momento, volver a constituirse desde mediados del siglo XX en una región receptora.

En el primer capítulo de la obra, "La ola de avance y las migraciones lentas", Livi presenta la imagen visual de una ola de avance para comprender el desarrollo de los procesos migratorios en la antigüedad. Un grupo que avanza, se asienta y vuelve a avanzar, ensayando el movimiento de avance-repliegue de las olas y que se define por su lentitud y gradualidad. Un avance lento, pero continuo en el cual actúan como elementos dinamizadores el aumento de población y la difusión de procesos culturales. Un avance a través de un territorio en su mayoría vacío y donde el contacto con otros grupos de población aumenta sólo con el paso del tiempo y el aumento general de la población en el planeta. Un avance que hace de la migración no sólo fuente de conflicto y enfrentamiento, sino también un motor

de la hibridación y el contacto cultural. Ese modelo de "la ola de avance" convive con procesos de invasión-dominación del territorio y procesos de colonización y se diferencia de ellos en lo que éstos tienen de desplazamientos jerárquicamente dirigidos, bien sea por un Estado, una tribu o una voluntad colectiva basada en un plan. Tenemos ya en esta distinción dos de los conceptos a los que se dedicaran el capítulo 2 ("el efecto fundacional") y el capítulo 3 ("los movimientos preordenados").

Esa lenta ola de avance dejaba en la resaca de la marea la fundación de nuevos núcleos humanos. Ese factor fundacional de las migraciones previas al siglo XIX reside en el factor demográfico del colectivo desplazado, de su capacidad de generar un excedente que asegurase el mantenimiento del asentamiento (p. 59). La fundación o expansión de una colectividad exige que "los migrantes (...) no constituyen un conjunto aleatorio de la población de partida, sino que son elegidos por ciertas razones" (p. 30). Desde el inicio de los procesos migratorios hasta nuestros días, los migrantes son individuos elegidos por un grupo por su *valía* para el propósito de ampliar los límites de la colectividad, ayudar desde el exterior al sustento de su grupo de procedencia o fundar una nueva colectividad en otro lugar. Con la dirección de esta selección comienza a debilitarse la espontaneidad del desplazamiento, que paulatinamente pasará a estar bajo control estatal (p. 46). De este modo, los capítulos 3 y 4 de esta *Breve historia de las migraciones* se centran en analizar hasta qué punto las incipientes políticas migratorias contribuyeron o no al éxito del desplazamiento. Para ello Livi analiza los desplazamientos a la luz de los diferentes momentos de la historia, hasta llegar al siglo XIX y, ya en el capítulo 5 de su obra, afirmar un cambio sustancial en las migraciones a partir de ese momento (p. 76). En el siglo XIX se

introduce una brecha en la historia de las migraciones al aumentar y acelerarse los ritmos, acortarse las distancias geográficas, profundizarse las diferencias de clase y riqueza e intensificarse los vínculos entre distintos mundos, procesos que encuentran en el Imperialismo y en la Revolución industrial sus dos principales causas. Estos cambios llevan a que se modifiquen incluso las "cualidades" individuales arquetípicas de los migrantes hasta ese momento, siendo ese perfil mucho más plural que hasta entonces y propiciando modelos muy distintos de desplazamiento.

Conectado con el análisis de los cambios que introduce el siglo XIX en la historia de las migraciones y con el fin de los grandes imperios centroeuropeos a raíz de la Primera Guerra Mundial, encontramos el desarrollo de un sistema global y esquizoide de desplazamiento a lo largo del siglo que va de 1914 hasta nuestros días. De este modo, "una representación animada de las corrientes migratorias del último siglo nos entregaría el retrato aparentemente esquizofrénico, en el que las líneas de tendencia se interrumpen bruscamente, cambian de dirección y dan saltos incoherentes. Un siglo en el que la capacidad de desplazamiento de las personas (...) ha estado continuamente entrelazada con orientaciones políticas externas e internas que la han obstaculizado y condicionado" (p. 92). De esta forma, los capítulos 6 y 7 se centran en el estado del mundo actual y la función y condiciones del desplazamiento intentando poner orden

en ese mapa esquizoide. Con ese fin, Livi establece una sugerente comparación entre una "primera globalización" en el siglo XIX y la segunda era global iniciada en la segunda mitad del XX. A continuación elabora un estudio demográfico y socioeconómico del continente europeo para posteriormente abordar el tratamiento que las actuales políticas migratorias reservan a los migrantes. En este punto del estudio se pone el énfasis en el análisis de la sociedad receptora y en la articulación que ella hace de la migración a través de sus políticas públicas, retomando así una de las ideas iniciales del autor conforme a la cual "el inmigrante es concebido cada vez más como simple fuerza de trabajo, no como un actor integrante de la sociedad que lo acoge" (p. 13). Desde este flanco, Livi señala, en los últimos capítulos de su obra, los puntos de falla de ese sistema esquizoide de desplazamiento global: en primer lugar, critica la cosificación del migrante; a continuación, apunta la perversión de vincular trabajo e inmigración; y, finalmente, propone ámbitos y líneas de transformación de nuestra sociedad en pos de una ordenación más sensata del mundo. Livi basa su diagnóstico en la necesidad de abandonar la ficción que hace de la inmigración un hecho coyuntural para asumir la realidad estructural y tendente al sentamiento del hecho migratorio (p. 130). El abandono de esa ficción exigiría un cambio profundo de nuestras sociedades, encaminado a refrenar los flujos migratorios, ralentizarlos y reducirlos. Livi parte de la idea según la cual la pérdida de la gradualidad y

de la lentitud en las migraciones, en tanto que pérdida del tiempo como condición de posibilidad para dar sentido a nuestra experiencia, supone en gran medida el origen de los problemas derivados de la migración en nuestros días.

Ante la alienación del migrante como fuerza de trabajo y el triunfo del tiempo-simultáneo, la postura de Livi es la de atacar las condiciones de desequilibrio estructural que hacen del desplazamiento una necesidad estructural del sistema en el mundo global. Las sociedades deben corregir la desigualdad estructural y abandonar la idea de la "migración como prótesis" por la de una "migración como trasplante" (p. 135). Ello implicaría recuperar la natalidad en las sociedades que demandan migrantes, fortalecer el Estado del bienestar para reducir la demanda de inmigración ilegal ocupada en labores asistenciales, abandonar la producción dependiente en exceso de mano de obra poco cualificada y asumir una economía más justa, más redistributiva y más sostenible que hiciera posible que las migraciones en ese nuevo marco se dieran no por la exigencia mecánica del sistema, sino por el deseo individual de construir una vida en otro lugar y poder tener las condiciones para lograrlo. La propuesta de Livi supone una reinterpretación cosmopolita y sostenible de la esquizofrenia del sistema de desplazamiento actual.

Por **Víctor Granado Almena**
Universidad Complutense de Madrid

Desigualdad, migraciones y movilidad social en el moderno sistema-mundo

KORZENIEWICZ, Roberto Patricio y MORAN, Timothy Patrick

Unveiling Inequality: A World-Historical Perspective

Nueva York: Russell Sage Foundation, 2009; 183 pp.

Roberto P. Korzeniewicz y Timothy P. Moran son profesores de Sociología en la Universidad de Maryland y en la Universidad de Stony Brook respectivamente. Ambos realizan sus trabajos de investigación dentro del marco de la sociología histórica y comparativa desde la perspectiva de los sistemas-mundo. Los temas que orientan su investigación son las diferentes dimensiones de la desigualdad, estratificación y movilidad social a nivel global y los movimientos sociales en América Latina. *Unveiling Inequality* es el resultado más reciente de su fructífera colaboración académica.

Organizado en seis capítulos, este volumen nos ofrece un análisis histórico de la desigualdad económica a nivel global, tanto entre países como en el interior de los Estados. Dicho análisis diacrónico lleva a los autores a cuestionar las narrativas que desde el paradigma de la modernización han informado usualmente el estudio de la desigualdad y la estratificación social, entre las que se encontrarían las siguientes: "El bienestar relativo de los pueblos depende fundamentalmente de la capacidad de las instituciones nacionales para promover el crecimiento económico y la equidad; los procesos de estratificación están más relacionados con los logros y el esfuerzo de los individuos que con las características que estos individuos tienen al nacer; la movilidad social ascendente es fundamentalmente el resultado de la adopción por parte de los países de mejores instituciones domésticas y de la adquisi-

ción de un mayor capital humano por parte de los individuos" (p. xiii).

En contraposición a estas narrativas, los autores asumen el planteamiento metodológico de Hopkins y Wallerstein (*World-Systems Analysis: Theory and Methodology*, 1982) y afirman que la desigualdad y la estratificación social se han desarrollado a nivel global durante un largo período de tiempo y que el estudio de estos fenómenos requiere una perspectiva global e histórica (*world-historical perspective*). En otras palabras, los autores defienden que la relativamente alta desigualdad entre unos países y otros y la relativamente baja desigualdad de algunas sociedades son procesos relacionados que tienden a mantenerse estables a lo largo de considerables períodos de tiempo (de al menos dos siglos, según los datos que muestran). Estos equilibrios desiguales se hacen visibles cuando se toma como unidad de análisis el sistema-mundo y no los Estados nacionales de forma individual o comparada. Los procesos que traen consigo la desigualdad y la estratificación no se encuentran consreñidos dentro de las fronteras nacionales. Desde esta perspectiva, las narrativas sobre la estratificación y la desigualdad quedan modificadas: "Los 'arreglos' institucionales que dan lugar a la desigualdad *en* y *entre* los Estados han sido simultáneamente nacionales y globales; categorías como la raza, la nacionalidad o el género siguen siendo un criterio fundamental en el mantenimiento de la desigualdad a nivel global; las pautas más significativas de

movilidad social implican retos para los patrones existentes de desigualdad entre países" (p. xvii). Desde el punto de vista teórico, el principal objetivo del libro es probar la idoneidad de esta propuesta alternativa.

En el primer capítulo los autores discuten los principales argumentos y metodologías usados en el estudio de la desigualdad dentro de los Estados. Su crítica se dirige fundamentalmente al aparato teórico y a la literatura sobre la desigualdad que se ha sustentado en la idea de que los Estados recorren un solo camino en su tránsito desde configuraciones sociales tradicionales hasta la modernidad. Argumentan que, incluso cuando el paradigma de la modernización ha sido cuestionado, la preeminencia del Estado-nación como unidad de análisis ha impedido que se estudien las relaciones entre las desigualdades *en* el interior de los países y las desigualdades *entre* países. Si bien en los países más ricos los procesos de modernización parecen haber ido acompañados de un aumento de la movilidad social ascendente basada en el mérito y no en criterios adscriptivos, los estudios críticos con esta tradición demuestran –en coincidencia con el denominado enfoque de la interseccionalidad– que la raza, la clase y el género siguen siendo factores determinantes en los procesos de acceso y redistribución de los bienes.

Utilizando una base de datos de noventa y seis países, los autores nos ofrecen una mirada diferente de la evolución de las

desigualdades en el interior de los mismos. En este punto, el trabajo es totalmente pertinente para dotar de sentido los actuales debates sobre convergencia y divergencia en el marco de un mundo globalizado. A partir de esos datos construyen gráficos y tablas que de forma clara nos informan sobre sus conclusiones: 1) Se identifican dos grandes grupos (*clusters*) entre los países analizados, uno de países que se caracterizan por un alto nivel de desigualdad y otro de países que se caracterizan por un bajo nivel de desigualdad; y 2) estos grupos se han mantenido considerablemente estables en las últimas décadas.

El segundo capítulo está dedicado a extender el análisis de las desigualdades en los países a lo largo del tiempo. Aquí los autores muestran que los *clusters* identificados en el capítulo anterior manifiestan una considerable persistencia en periodos de tiempo más largos, incluso siglos. Los debates recientes sobre la polarización de las sociedades respecto a la distribución de la riqueza aparecen frente a estos datos como auténticas exageraciones producto de un enfoque excesivamente estrecho desde el punto de vista geográfico y temporal. A partir de la evidencia los autores definen dos tipos de equilibrios: *low-inequality equilibria* (LIE) y *high-inequality equilibria* (HIE). Estos equilibrios en la relativa igualdad o desigualdad corresponderían con determinados arreglos institucionales que producirían una considerable estabilidad en los patrones de estratificación. En este punto sería muy interesante un análisis más detallado de los casos que no encajan claramente en el modelo como es el de Estados Unidos.

El tercer capítulo está dedicado a la argumentación a favor de la interpretación de los equilibrios (LIE y HIE) definidos en el capítulo anterior como fenómenos relacionales. En opinión de los autores, di-

chos equilibrios deben ser entendidos de forma relacional y compleja. No se trata simplemente de que los países más ricos (con mayor ingreso per cápita) impongan de forma coercitiva unas reglas de juego asimétricas a los países más pobres. Los arreglos institucionales que soportan o contribuyen a mantener los equilibrios más o menos igualitarios serían parte de los procesos de innovación que desigualmente distribuidos en el tiempo y el espacio dan lugar a diferentes patrones de crecimiento económico. Esto es lo que se conoce como 'destrucción creativa', noción que toman prestada de Schumpeter. Los arreglos institucionales que han caracterizado ambos equilibrios han favorecido el crecimiento económico en diferentes momentos históricos. Desde el siglo XIX las prácticas institucionales asociadas con los equilibrios en la relativa igualdad han favorecido el crecimiento; pero antes del siglo XIX fueron los equilibrios en la desigualdad los que fomentaron dicho crecimiento. Desde este punto de vista, no se puede afirmar que altos niveles de desigualdad impidan el desarrollo económico ni que el desarrollo económico inevitablemente debilite los arreglos institucionales que caracterizan el equilibrio en patrones de gran desigualdad (p. xxi). En este punto los autores se colocan claramente en contra de los adalides del proceso modernizador que lo presentan como un triple desarrollo económico, político y moral. El crecimiento económico, la distribución equitativa de sus frutos en la sociedad y la democracia no tienen que ir necesariamente de la mano.

En el cuarto capítulo los autores pasan a analizar las desigualdades entre países, que según plantean deben entenderse como un tipo de equilibrio de alta desigualdad (HIE). Afirman que el equilibrio en situaciones de poca desigualdad *en* determinados países está relacionado con el equilibrio de la gran desigualdad *entre* países. Los equili-

brios de las situaciones de poca desigualdad en determinados países se han mantenido a través de arreglos institucionales que limitan la presión competitiva en los países ricos, al tiempo que trasladan dicha presión al exterior. Lo que aparentemente es el producto de un sistema meritocrático en los países más ricos ha supuesto simultáneamente la construcción y reproducción de categorías –como la nacionalidad o la raza– que funcionan como criterios fundamentales en la formación del mapa de la desigualdad. Las políticas migratorias son un ejemplo de estas conexiones y en opinión de Korzeniewicz y Moran en los dos últimos siglos la nacionalidad se ha convertido en la característica adscriptiva crucial de los procesos de estratificación global (p. 88).

En el quinto capítulo se desarrolla la relación entre el equilibrio desigual global, que sería un tipo de *high-inequality equilibria*, y las vías de movilidad social ascendente que ese tipo de equilibrio permite. La primera de las vías hacia la movilidad social ascendente explorada por los autores es la que tradicionalmente se ha entendido como tal: el ascenso en la escala social dentro de los límites del propio Estado a través de la educación y el trabajo. Esta vía tendría una versión individual y otra social a través de la acción de grupos que abogan por una redistribución o cambio en el modelo social/institucional. La segunda vía es a través del crecimiento económico del país que puede eventualmente cambiar su posición en el escalafón de países según los ingresos per cápita. Este proceso, según los datos que presentan los autores, ya se ha dado y algunos países han experimentado una gran movilidad entre los siglos XIX y XX (p.ej., Japón, Corea o Suecia). Esta variante precisa de largos periodos de tiempo y, en general, lo que se observa es una tendencia a la acentuación de la desigualdad entre países. La tercera vía es la migración,

que en comparación con las otras dos es la que ofrece mayores beneficios a corto plazo a los individuos.

La migración sería el camino más corto para lograr el ascenso social a nivel global (pp. 107-109, gráfico 5.4), porque se saltaría las categorías nacionales que, según estos autores, constituyen la clave de la desigualdad. Desde este punto de vista, el esfuerzo migratorio sería también el que más réditos ofrecería a los individuos en la aventura de la movilidad social. Incluso teniendo en cuenta la dualidad de los mercados de trabajo y los altos costes de la migración la diferencia de ingresos reales o capacidad adquisitiva entre países es tan grande que justificaría el esfuerzo (p. 92, gráfico 5.1). Por otra parte, los procesos de movilidad social a través de la educación, el trabajo y los cambios en el modelo redistributivo y de acceso a los bienes en los países de origen suelen estar fuertemente obstaculizados por las élites.

Aunque el ejemplo de los procesos migratorios sirve de sustento a la tesis de que los estudios sobre estratificación deben estudiarse en un marco global (p. 115), los autores no realizan un análisis económico profundo de los procesos migratorios desde la perspectiva del sistema-mundo. Sin embargo, el estudio de Korzeniewicz y Moran nos permite tomar distancia de quienes sostienen que favorecer la inmigración no es un medio idóneo para combatir la pobreza en el mundo. Ésta sería la postura, por ejemplo, de Thomas Pogge,

un reputado teórico de la justicia global, que afirma: "[...] aquéllos que aceptan que existe una responsabilidad moral de peso hacia los extranjeros en necesidad deberían dedicar su tiempo, energía y recursos no a luchar para que se admita a un mayor número de ellos en los países ricos, sino mejor en luchar para instituir un programa efectivo para la erradicación de la pobreza global" ("Migraciones y pobreza", *Arbor*, n.º 744, p. 572).

Si tenemos en cuenta las conclusiones del libro aquí reseñado, los procesos migratorios internacionales no constituyen la solución a los altos niveles de estratificación global, ni mucho menos el remedio a la pobreza mundial. Sin embargo, desde el punto de vista de quienes protagonizan la migración, aparece como una opción plausible y nada despreciable dentro del proyecto de mejora de su capacidad adquisitiva (y, en ocasiones, de la de su círculo de allegados). La lucha por la mejora de las condiciones de vida de los migrantes en las sociedades de acogida o por la erradicación de la pobreza a nivel global son ambas legítimas y compatibles. El planteamiento de Pogge parece un poco limitado desde esta perspectiva en cuanto no parece razonable pedirle a los potenciales migrantes que se queden a esperar los resultados de una posible, pero incierta convergencia de los niveles de bienestar a nivel global a consecuencia de la globalización o a una hipotética redistribución de los ingresos gracias a la movilización de los ciudadanos de los países ricos. La lucha contra la pobreza y

la desigualdad, en mi opinión, debería ser independiente de los posibles inconvenientes que una 'invasión de extranjeros pobres o necesitados' pueda tener para los países más ricos. La migración no es *la* solución de la pobreza, sino un instrumento individual/familiar/comunitario para mejorar los ingresos, las condiciones de vida, o para adquirir capital para emprender otros proyectos. Si el análisis de Korzeniewicz y Moran es correcto, no se trataría tanto de redistribuir los beneficios de los procesos de acumulación de capital como de desactivar los mecanismos institucionales que favorecen los equilibrios de la igualdad y la desigualdad a partir de categorías como la nacionalidad, la raza o el género.

Unveiling Inequality es un libro conciso que da cuenta de forma clara de las diversas aproximaciones al problema de la desigualdad a nivel global y que defiende de forma plausible una perspectiva novedosa vinculando las desigualdades *entre* países con los niveles de desigualdad *en* los países. Además de un análisis cuantitativo riguroso de los índices de desigualdad nos ofrece una perspectiva crítica de categorías como la de nacionalidad o ciudadanía que vertebran los mecanismos institucionales que sustentan dicha desigualdad. Los autores no pierden de vista que en último término la desigualdad no sólo es un problema económico, sino fundamentalmente moral.

Por **Carmen Domenech Santos**
Instituto de Filosofía del CSIC (Madrid)

In principio erat iniustitia

SHKLAR, Judith

Los rostros de la injusticia

Barcelona: Herder, 2010; 200 pp.

Traducción de Alicia García Ruiz, prólogo de Fernando Vallespín

Platón ya nos advirtió que sin una especial afinidad no es posible penetrar en el sentido de bienes tan abstractos como la justicia (*Carta VII*, 344). Esta consideración concuerda, por lo demás, con una observación bastante común entre los mortales: no sabemos bien qué es la justicia. Esta afirmación es compatible, sin embargo, con el hecho de que todos somos capaces de reconocer las injusticias, sobre todo en sus formas más manifiestas y más aún si nos afectan en primera persona. "¡No es justo!" o "¡No hay derecho!" son frases que todos hemos empleado alguna vez y para eso no hacen falta grandes teorías. La justicia no es una mera idea, algo que queda cabalmente sugerido en el lenguaje natural con la expresión "el sentido de la justicia". Y este peculiar sentido nace de la percepción de la injusticia, así como del dolor y la indignación que de ella se derivan. La injusticia como experiencia fundamental sería entonces previa a la reflexión teórica y no precisaría para expresarse de un discurso analítico ni de una concepción sistemática de la justicia. Más bien sería al revés, pues muy probablemente todas nuestras categorías normativas y, especialmente, las de carácter moral, provengan de la experiencia y la sensación airada de repudio ante lo inaceptable.

No obstante, y pese a la señalada primacía perceptiva de la injusticia, la reflexión sobre la justicia se ha convertido en el tema estrella de la filosofía política contemporánea, especialmente a partir de la obra

seminal de John Rawls. La bibliografía al respecto crece de manera incesante, capaz de abrumar al más puesto, de modo que se hace realmente arduo expresar algo nuevo. En ese panorama, la perspectiva que ofrece Judith Shklar (1928-1992) en su libro ya clásico *Los rostros de la injusticia*, publicado en inglés en 1990 y afortunadamente traducido ahora al castellano, ofrece un grado de originalidad sumamente notable. Este libro (precedido en su edición española de un muy instructivo prólogo titulado "Judith Shklar, una liberal sin ilusiones", obra de Fernando Vallespín), a diferencia del tono general de la literatura sobre el tema, no se presenta como una construcción conceptual, sino como el análisis de una experiencia vital. Una aproximación a la cuestión que, sin duda, resultará mucho más cercana y atractiva para quien busca orientarse en su actuar diario como ciudadano que las sesudas reflexiones no sólo de Rawls, sino también de sus innumerables defensores y detractores, cargadas todas ellas de un concienzudo aparato conceptual.

Mientras innumerables contribuciones de filosofía moral y política se ocupan de dar con los perfiles de una sociedad ideal justa, Shklar cambia completamente la perspectiva y se pregunta por las formas concretas con las que las sociedades procesan las experiencias de injusticia de sus miembros. La distinción entre desventura e injusticia adquiere en esa indagación una significación especial, pues, por una parte, contribuye a revisar críticamente nuestros

juicios morales y, por otra, permite determinar si una distribución social injusta de oportunidades y riesgos ha de ser imputada a causas humanamente incontrolables o ha de ser abordada en términos jurídico-políticos. Según la autora, estas cuestiones no son dirimibles ni por un filósofo ni por un espectador imparcial: su abordaje sólo es posible a partir de la exposición pública que las víctimas de las injusticias hagan de sus propias experiencias. De ahí que Shklar insista en que la misión de la filosofía moral no consiste en elaborar complejas construcciones sistemáticas, sino más bien en colaborar a encontrar las palabras pertinentes para expresar tales experiencias. Cometido propio de la política sería, por su parte, la búsqueda de procedimientos democráticos adecuados para dar voz a las víctimas de las injusticias e intentar aminorar los daños.

Shklar desarrolla estas ideas en este libro articulado en tres capítulos: "Dar a la injusticia lo suyo", "Desventura e injusticia" y "El sentido de la injusticia". En su exposición parte de la constatación de una curiosa división del trabajo: mientras que en la literatura y en las narraciones históricas se relatan múltiples actos y situaciones de injusticia, la reflexión de la filosofía se centra casi exclusivamente en la noción de justicia (pp. 47-50). La filosofía ha fallado, por tanto, en "dar a la injusticia lo suyo". A la filosofía le ha interesado poco el dolor de la humanidad. A lo sumo, la injusticia queda descrita como ausencia de justicia y en poco más queda

la cosa. Aparece meramente aludida como aquello que se eliminará cuando impere la justicia y es así "despachada rápidamente como un preliminar del análisis de la justicia" (p. 53). En Platón, Agustín de Hipona y Montaigne encuentra nuestra autora excepciones a esa tendencia dominante y los tres formarían parte de "la nómina de la acusación escéptica contra el modelo normal de justicia" (p. 62).

El material del que se sirvió esta profesora de Harvard para cumplir su propósito y dar cuenta de la multiplicidad de matices de la psicología moral de la injusticia proviene básicamente de los clásicos del pensamiento político-moral, de quienes era una avezada conocedora. Además de los ya citados, sus preferencias se vuelcan sobre clásicos franceses, en especial, Montesquieu y Rousseau, con los que siempre mantuvo un intenso diálogo con el fin de entender la política del presente. Por lo demás, sus reflexiones se remiten a casos históricos como el terremoto de Lisboa de 1755, la Gran Hambruna irlandesa del siglo XIX o el incendio del Cocomat Grove en 1942 (un club nocturno en donde perecieron más de quinientas personas). Las reacciones a estos trágicos acontecimientos y la búsqueda irracional de culpables reales o imaginarios (de chivos expiatorios) le ofrecen una oportunidad para validar sus posiciones. También recurre a ejemplos tomados de la literatura, por ejemplo, relatos de Charles Dickens, Heinrich von Kleist, o E. I. Doctorow, e incluso al análisis de la iconografía clásica (en particular, la obra de Giotto).

El objetivo del libro se presenta en estas pocas líneas: "Simplemente voy a tratar de mostrar que ninguno de los modelos usuales de justicia ofrece una visión ajustada de lo que es una injusticia, porque se aferran a la creencia infundada de que podemos conocer y trazar una distinción estable y rígida entre lo injusto y lo des-

afortunado" (p. 37). La tarea no es sencilla, pues no existen reglas seguras. La remisión al ámbito de lo político es insoslayable. La política es, entre otras cosas, control de daños y gestión de la injusticia, una ingente labor en la que sin duda un primer y necesario paso consiste en determinar qué hechos se han de clasificar como tales, qué injusticias poseen una significación pública y cuáles han de ser desplazadas a los márgenes de las instituciones. La respuesta de Shklar es enormemente inspiradora: "Yo argumentaré que la diferencia entre desgracia e injusticia a menudo implica nuestra disposición y nuestra capacidad para actuar o no actuar en nombre de las víctimas" (p. 28). Aunque considera que la filosofía tiene poco que decir respecto de las víctimas de la injusticia, al menos debe tratar de no vilipendiarlas y ello implica tener muy en cuenta su experiencia: "La voz de la víctima, de la persona que clama que ha sido injustamente tratada, no puede ser silenciada" (p. 75). Las víctimas no son meros objetos, sino sujetos con voz propia: "No basta con examinar las causas del sufrimiento: la autopercepción de las víctimas ha de ser tomada en consideración para una teoría completa de la injusticia" (p. 76). Son, por tanto, imprescindibles: "Ninguna teoría, ni de la justicia ni de la injusticia, puede resultar completa sin tener en cuenta el sentido subjetivo de injusticia y los sentimientos que nos llevan a clamar venganza" (p. 95). Otorgar primacía a la perspectiva de la víctima resulta crucial: "La suya es la voz privilegiada sin la cual es imposible decidir si ha sufrido una desventura o una injusticia" (p. 151).

La consideración de la víctima es también central para dilucidar una pregunta que atraviesa el libro de Shklar: ¿Podemos olvidarnos de la idea de desgracia fortuita y adherirnos a la idea de culpa? En el segundo capítulo, titulado "Desventura e injusticia", nos recuerda que la modernidad comienza

precisamente con el terremoto de Lisboa de 1755 y la controversia subyacente sobre su porqué, tragedia histórica a partir de la cual Dios desaparece del discurso público como causa de los males experimentados: "Desde ese momento la responsabilidad de nuestro sufrimiento recayó en nosotros y en una naturaleza indiferente a nuestros pesares" (p. 97). Todos necesitamos dar algún sentido a nuestras vidas y ciertas excusas fáciles como "la vida es injusta" ya apenas convencen y su posible efecto balsámico se disipa al poco: "hasta un mundo injusto nos resulta más soportable que un mundo sin sentido" (p. 105). El fatalismo cósmico –la idea de un destino escrito en las estrellas– cede al final ante la indignación: "Porque la idea de un mundo arbitrario, azaroso, es dura de soportar y, desolada, la gente comenzará a buscar agentes humanos responsables" (p. 29). Dado que también "la responsabilidad impersonal, compartida, enmarañada y sin un rostro es ardua de soportar" (p. 112), personalizar la culpa y la consiguiente puesta en marcha de mecanismos como el linchamiento mediático o del chivo expiatorio constituyen respuestas habituales no exentas de funcionalidad. La injusticia adquiere cierto sentido y se hace más llevadera.

En todo caso, la duda no sirve de excusa: "Que algo sea obra de la naturaleza o de una invisible mano social no nos absuelve de la responsabilidad de reparar el daño y de prevenir en la medida de lo posible que vuelva a suceder" (p. 102). El caso de la Gran Hambruna irlandesa nos ilustra del uso de la ideología "para tratar la injusticia pasiva como una desventura, a base de imponer un sentido de inevitabilidad trágica sobre los acontecimientos que son puramente susceptibles de ser modificados por la acción humana" (p. 124). Muchas veces las razones de necesidad invocadas por los políticos son menos irresistibles de lo que parecían: "Incendios, inundaciones, tormentas y terremotos todavía se reconocen como naturales e

inevitables, pero se espera que el gobierno advierta, proteja y alivie cuando éstos ocurren. [...] El impulso a culpar con todo lo que de infundado e irracional pueda tener, no es, sin embargo, intrínsecamente irracional" (p. 116). La salida propugnada por Shklar es constructiva, además de eminentemente política: "Todos somos la obra de la naturaleza y de la historia, no sus víctimas pasivas. Todos podemos hacer un esfuerzo para darle la vuelta a la desventura, verla como una injusticia y actuar en consecuencia" (p. 120).

Otra de las reflexiones más sugerentes de este libro giran en torno a la noción de "injusticia pasiva", que Shklar retoma de las meditaciones de Cicerón sobre la justicia. El jurista romano partía de la observación de que "la injusticia florece no sólo debido a que las normas de la justicia son conculcadas a diario de manera activa por la gente" (p. 81). Según Cicerón, se puede ser injusto en dos sentidos: de un modo activo, en cuanto uno infringe directamente la ley con sus acciones, lesionando el estado de derecho, pero también uno puede ser injusto pasivamente, cuando el individuo –por desidia, desinterés o egoísmo– permite a causa de su inacción que se atente contra el derecho de los otros o contra el orden constitucional. Shklar hace suyas las palabras del autor de *Los oficios* (lib. I, cap. VII): "Quien no evita o no se opone a lo malo es tan culpable como alguien que desertara de su país". Cabe así hablar de contribuyentes inactivos de la injusticia, una observación estrechamente vinculada a una noción muy exigente de ciudadanía republicana: "Es importante señalar que la injusticia pasiva es una noción estrictamente cívica. No necesita el apoyo de ninguna filosofía moral, de ningún utilitarismo, ya sea positivo o negativo, de ningún contractualismo ni de ninguna deontología" (p. 83). La injusticia pasiva se refiere a aquellos casos en los que el individuo renuncia al ejercicio de la ciudadanía, cuando pudiendo actuar en

defensa de quien es ofendido o agredido, prefiere ocuparse de sus propios asuntos. El pasivamente injusto se desentiende de ejercer sus libertades: "Es responsable de apoyar y servir a malos gobiernos y en la vida diaria de permitir el engaño y la agresión. El mal que causa a sus víctimas no consiste sólo en asaltarlos directamente, sino en ignorar sus reclamaciones. Prefiere ver sólo mala suerte allí donde las víctimas perciben injusticia" (p. 94). La injusticia pasiva adquiere así carácter político: "es una falta cívica, no un pecado ni un crimen. Se refiere a demandas de nuestro papel político en una democracia constitucional, no a nuestros deberes como hombres y mujeres en general" (p. 162).

La injusticia presenta otras caras no menos relevantes en el ámbito mismo de la política. Shklar se detiene, en particular, en la exclusión política que experimentan hoy algunos individuos incluso en países democráticos. La desigualdad política también puede ser codificada como una experiencia de injusticia. En este punto, más que las conocidas convicciones liberales de la autora, asoma su trasfondo eminentemente republicano: "En cualquier momento histórico resulta dudoso que algún régimen pueda seguir siendo justo si los ciudadanos no toman parte activa de su vida pública" (p. 171). El activismo de los ciudadanos no es un riesgo, sino una garantía para la salud de la república. Las víctimas de un sistema que excluye podrán resignarse en un primer momento, pero también podrá crecer en ellos el resentimiento. La decisión de almacenar en casa combustible inflamable siempre será una decisión irracional, como observa Shklar. Y si fuéramos conscientes de ellos, "no deberíamos ignorar los costes políticos de una cólera organizada" (p. 94). No obstante, siempre hay un remedio disponible: "La manera democrática más drástica para sofocar el sentido de la injusticia es permitir a los ciudadanos que hagan las normas" (p. 172), esto es, que participen en igualdad

de derechos en el proceso político. Y para ello resulta completamente indiferente que los residentes, como en el caso de los inmigrantes, no sean formalmente ciudadanos.

Shklar no presenta grandes aparatos teóricos ni resuelve todas las preguntas que plantea, pero con frecuencia logra cuestionar nuestros juicios más habituales. Pese a su aparente modestia, ha dejado una impronta aún reconocible. En el marco de la prolífica literatura filosófica sobre el tema de la justicia, Shklar fue pionera a la hora de señalar que la especial sensibilidad adquirida mediante la experiencia de la injusticia representa la *via regia* para acceder a la comprensión práctica de la justicia. Aunque en un principio esta senda no fue muy transitada en medios académicos, dos décadas después de la publicación de *Los rostros de la injusticia* resuenan sonoros ecos de esa idea en dos relevantes filósofos contemporáneos. Así, Amartya Sen ha subrayado la primacía de la experiencia de la injusticia sobre el tratamiento especulativo, trascendental e institucionalista de la justicia. Lo que debe priorizar la preocupación por la justicia es "la eliminación de la injusticia manifiesta, en vez de concentrarse en la búsqueda incesante de la sociedad perfectamente justa" (*La idea de justicia*, Madrid, Taurus, 2009, p. 289). Insiste en que, en cualquier caso, para resistirse a la injusticia no es preciso disponer de una definición de lo que es la justicia. Reyes Mate, por su parte, además de destacar la prioridad tanto histórica como lógica de la injusticia sobre la justicia, reivindica el "deber de memoria" para hacerla operativa moral y políticamente: "Sin memoria, la injusticia deja de ser actual y, lo que es más grave, deja de ser" (*Tratado de la injusticia*, Barcelona, Anthropos, 2011, p. 28). Ambos autores certifican, cada uno a su manera, la fecundidad de las ideas sembradas por Shklar.

Por **Juan Carlos Velasco**
Instituto de Filosofía del CSIC (Madrid)